**SOLEMNIDAD DE LA EPIFANIA DEL SEÑOR**

**Catedral 2017**

La Fiesta de la Epifanía del Señor se ha identificado en occidente como fiesta llena de luz, de colorido, de alegría y de ilusión. La narración evangélica de los Magos de Oriente ha dado pie para que esto sea así. La sociedad ha tomado de esta fiesta lo más superficial porque es lo que más le conviene para evitar que el hombre piense y profundice en el sentido de la vida. De este modo los que dominan con el poder económico, político o cultural podrán manejar mejor a la gente y dominar sus conciencias.

Nosotros, somos libres con la libertad de los hijos de Dios y, por tanto, no debemos quedarnos en lo meramente anecdótico y superficial sino que hemos de profundizar en el significado del relato y sacar provecho para nuestra vida espiritual y para nuestro apostolado.

El Niño Jesús, que no sabe hablar y que necesita el regazo de María para poder sobrevivir, hoy se revela a toda la humanidad como el Mesías, el Salvador del mundo. Es algo inaudito que un niño de pecho, un bebé pueda tener tal capacidad de atracción y de convocatoria. ¿Qué interés tiene este niño para que hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación dejen sus quehaceres y se pongan en camino hacia Él? La fuerza de este Niño es la que viene de lo alto, es la gracia de Dios que aparecido en la tierra para llevar a los hombres a la gloria de Dios (Tit 2, 11).

No todos los hombres de aquel entonces se sintieron movidos para ir adorar a este Niño. Algunos quisieron eliminarlo porque les molestaba tanta luz. La vanidad, el orgullo y la ambición de poder del hombre queda deslumbrada hoy por la humildad y la sencillez de Dios hecho hombre que quiso nacer de una madre Virgen y en un pobre portal de Belén. Aquel a quien los piadosos judíos esperaban como bajado del cielo o aparecido en lo alto de un monte para manifestar su poder ante las naciones, aparece en un humilde rincón de una humilde ciudad de Belén y nacido de una humilde sierva de Israel. ¡Qué admirable Misterio que los hombres nunca llegaremos a comprender totalmente!

Dios se humilla y se hace hombre para que todo hombre pueda contemplar su rostro y reconocerle como su Rey y Señor. Pero para reconocer a Dios en Jesús y en nuestra propia historia es necesario “postrarse” y “adorar” como hicieron los Magos ante la presencia de Jesús sostenido en los brazos de Santa María.

¿Qué significan para nosotros hoy estas dos palabras “postrarse” y “adorar”?

La postración es la expresión más humana del desvalimiento, de la debilidad del hombre. Decimos de un enfermo grave que necesita todos los cuidados y atenciones, que “está postrado en cama”. La postración revela una actitud espiritual. Se trata de la humildad. Quien se siente necesitado de la ayuda de los demás y de Dios comienza por ser humilde, sencillo y abierto a recibir de los demás lo que necesita y a compartir con ellos lo que tiene. El hombre postrado ante Dios es al que Jesús llama en la bienaventuranzas “pobre de espíritu” porque todo lo espera de la bondad infinita de Dios y de su gracia.

Quien se postra mira al suelo y ve su propia miseria y realidad. Pero Dios no quiere que el hombre mire eternamente al suelo ni ande cabizbajo. Es el mismo Señor quien lo llama y le dice: “Levántate y camina”. Los hombres que escuchamos en nuestro interior esta voz de Dios, levantamos nuestros ojos a Dios y fijamos nuestra mirada en Él como la fijan los esclavos y las esclavas en sus amos, esperando su misericordia (Salmo 122).

Es entonces cuando el hombre, puesto de rodillas y con la mirada levantada contempla y adora el Misterio de Dios. Un Misterio que se ha hecho cercano al hombre en Jesús. Porque en el rostro de Jesús podemos adorar y contemplar la belleza del rostro divino y su bondad infinita. En las palabras y en las acciones de Jesús encontramos la Verdad que ilumina la vida de todo hombre disipando sus dudas y alejándolo del error y de la mentira. Sólo a Dios adoramos porque sólo Él puede salvarnos íntegramente.

El hombre que adora al verdadero Dios que es Amor trinitario revelado por Cristo siente que su mente y su corazón se abren y se entregan como un don a Dios y en Dios a los demás. Los Magos, después de postrarse en tierra y de adorar a Jesús, “abrieron su cofres y le ofrecieron: oro, incienso y mirra” (Mt 2, 11) Los cofres de los Magos significan la fe y el reconocimiento de aquel niño que es Dios- Rey. El Papa Francisco dice en su primera Encíclica sobre la Luz de la fe: “La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro. La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural, se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo. Por una parte, procede del pasado; es la luz de una memoria fundante, la memoria de la vida de Jesús, donde su amor se ha manifestado totalmente fiable, capaz de vencer a la muerte. Pero, al mismo tiempo, como Jesús ha resucitado y nos atrae más allá de la muerte, la fe es luz que viene del futuro, que nos desvela vastos horizontes, y nos lleva más allá de nuestro « yo » aislado, hacia la más amplia comunión”. (LF 4)

Hermanos: El gran regalo de este día de Reyes es el regalo de la fe. ¡Cómo nos gustaría que hoy descubrieran el don de la fe aquellos a quienes queremos porque son nuestros familiares, nuestros amigos o vecinos! Nos gustaría que aquellos hermanos que han perdido la luz de la fe en su vida o la ignoran… Aquellos que están pasando por la oscuridad de la estrella en Jerusalén hoy, escucharan en sus oídos la voz de Dios que les dice: “No temas, soy yo, el Señor tu Dios que te ha creado y redimido por amor y ahora te sostengo en mi amor, caminando junto a ti y cuidando de ti”. Qué alegría recibiríais las madres y los padres creyentes que tanto rezáis por vuestros hijos que han abandonado la práctica de la fe si hoy, al regresar a vuestro hogar escucharais de boca de ellos: “¡He descubierto el Amor de Dios. Y ahora creo y confío en Él!”.

La Virgen María presenta a Jesús a los Magos para que lo adoren y le obsequien con sus cofres. Lo sostiene porque no puede caminar todavía. Pidámosle hoy que ayude con su intercesión a todos los que de una manera o de otra buscan el rostro del verdadero Dios.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga